

JUEVES 13 DE JULIO DE 2006. AÑO 12, Nº 761.
SUPLEMENTO JOVEN DE **Página 12**

NO

EMPRESA DE MUDANZAS
**"LA GRAN
BUENOS AIRES"**

CONTENIDO

ROCK



FRAGIL

Presionados por los cierres de lugares, producto de la paranoia del post-Cromañón, los pocos escenarios para el rock pyme se mudan al Gran Buenos Aires: clubes sociales se acondicionan, antiguas discotecas de cumbia cambian los colores de las luces y los clásicos reductos de siempre —con más gente— se acostumbran a ser todavía más under. ¿El centro fue?



Hoy: Tediosos, rock aburrido *

POR JAVIER AGUIRRE

Como ya hapasado con tantas otras bandas, los músicos que luego formarían Tediosos se conocieron en un recital: el unplugged de Autehead, la banda que tributa al mismo tiempo a Luis Eduardo Aute y a Radiohead. Jóvenes, díscolos y acaso defraudados por lo divertidísimo de aquel show, se propusieron armar “un grupo que rompiera con la dictadura de la excitación y la euforia del rock argentino”. Así dieron luz a un proyecto insoportable, con texturas que se deshilachan canción a canción y letras reiterativas, desabridas y cantadas con nula emoción. Tanto que, según el blog www.zzzzzzz.com.ar—especializado en rock aburrido—, “marcan un antes y un después en la historia universal del sopor”. Los Tediosos no se callan: “Queremos romper con el prejuicio de que el rock es vibrante y emotivo”. Y lo logran: conocidos como “el tranquilizante del rock”, escucharlos es tan desesperante como ver una película iraní el mismo día y a la misma hora en que jugaban Alemania-Argentina por el Mundial.

Pero justamente en su abulia parece residir su encanto; ya que su único álbum, titulado **Nueva dimensión del concepto de bodrio**, generó en su natal San Isidro toda una revolución (aunque de apatía y modorra). “Muchos grupos ahora nos copian —denuncian—, pero son demasiado entretenidos como para alcanzar el nivel de aburrimiento que nosotros somos capaces de generar.” Aunque ellos no den nombres, se refieren a otras bandas de Zona Norte como Song-nífero, Los Plomos, The Almohadas o Arro-rrock (célebres en la escena por terminar sus shows quedándose dormidos en el escenario). Pero todos ellos, al lado de Tediosos, son una mezcla de los Sex Pistols con Guillermo Francella.

Lo más emplomante de Tediosos aún está por venir: a pesar de que tienen versos de alta capacidad de hastío (como los del hit *Yo ronco*, que musita: “Si ves que duermo/ como un tronco/ y oís un cuerno/ soy yo, que ronco”) prometen un nuevo disco instrumental, en el que se animarán a “las zapadas más inaguantables del mundo”, y que llevará el nombre **Bosteza(pa)ndo**. Para escuchar bien descansados.

** Cualquier parecido con la realidad, conviene desconfiar de uno.*

CHARLIE 3 EDITO “DESAMOR”

“La TV no afecta tanto”

POR JUAN MANUEL STRASSBURGER

La voz en el teléfono llega junto a un audio en castellano neutro y a intermitentes pero airados pedidos de silencio. Pablo Florio, baterista de Charlie 3, se apresura a explicar: acaba de terminar Francia 1 - Italia 1 (apasionante final del Mundial que rivaliza con la también infartante Brasil 0 - Italia 0 de EE.UU. '94) y en el micro que los trae de Tucumán apagan las luces para poner una película. Al parecer, un pasajero muy interesado en el desarrollo del film pide y exige silencio. “No importa. Ya le dije que estoy trabajando”, detalla Pablo al tiempo que baja el tono y cuenta que Esteban Zunzungegui (bajo y voz) y Martín Dócimo (guitarra y coros) duermen plácidamente. “Mejor, porque están cansados y reafónicos”, informa susurrante. Se sabe: la giras en el rock son exigentes. Y el descanso, sagrado.

Por eso, en su quinta visita a Tucumán y tercera a Jujuy (en esta ocasión para presentar el flamante **Desamor**, cuarto disco en el historial del trío), no es de extrañar que la banda haya buscado mantener la modalidad de shows bien tempraneros y puntuales que implementa desde hace un tiempo. “Hacemos recitales matiné más que nada por los trenes: muchos chicos vienen del Oeste o de la Zona Sur y no llegan con los horarios de vuelta. Pero también (y esto pasa más en el interior) porque podemos hablar con los pibes después del show y porque si alguno quiere bolichear o conocer la movida del lugar, puede hacerlo.” Los Charlie 3 experimentan en carne propia los beneficios de esta modalidad porque —cuenta Pablo— ellos mismos aún siguen yendo a ver bandas del estilo. “Para nosotros ir a un show es como ir al club: encontrarse con amigos, tomar cerveza barata. No importa que estemos más grandes, nos sigue gustando como antes.”

Una particularidad es que este trío emopunk (teloneros de Bad Religion en el 2001) encuentra en los shows del interior con respecto a los de Capital cierta inocencia en el público. “Además de ser agradecidos porque saben que



CECILIA SALAS

no hay shows todos los fines de semana, el público en general es mucho más abierto”, define el batero. Y relata una anécdota: “Una vez, en Neuquén, invitamos a que trajeran mochilas, remeras, skates, lo que sea, para pintarles gratis un stencil de la banda. ¿Conclusión? Vino un montón de gente con remeras de Los Piojos, de la Bersuit que también le gustaba Charlie 3. Nos dimos cuenta de que ahí la TV no afectaba tanto, que se pueden englobar los públicos para que no haya prejuicios”. Con respecto a **Desamor**, Pablo sostiene que la banda lo vivió “como una emancipación, un grado de madurez”. Y puntualiza: “El disco no sólo habla del desamor sentimental sino del desenamorarse de los espejitos de colores. Creer que sale el disco y ya está, cosas que sólo pasan en yanquilandia”.

** Charlie 3 se presenta este domingo a las 17 en Speed King, Sarmiento 1679.*

DEL TECNO AL ROCK

202 toca a 210

POR J.M.S.

Hubo una época, a fines de los '90, en la que todo (o casi todo) parecía tomar un definitivo rumbo electrónico. A tal punto llegaba esa idea (fogoneada en forma incesante por artistas y críticos) que animarse a discutir el pronóstico sólo cabía a retrógrados o necios sin remedio: en el futuro no habría fiestas fuera de las raves, ni cultura rock lejos de la programación bit a bit. Diez años después, la utopía electrónica fundamentalista no sólo está lejos de cumplirse sino que muchos de sus apologistas vuelven sobre sus pasos y promocionan su “vuelta al rock” con tal de recuperar algo del status perdido. ¿Qué pasó?

Rha, cantante de 202, y ex vocalista de Santos Inocentes (grupo que en ese período llegó acariciar el éxito cuando Madonna los fichó para su sello Maverick, fascinada por su preciso techno-rock), expone su propia



teoría al respecto: “Aparecieron programas muy fáciles de usar que democratizaron la electrónica, pero a la vez fomentaron que muchos sin demasiado conocimiento buscaran la simple secuencia en lugar de la electrónica artesanal”, sostiene. Y pregunta: “¿Por qué los Strokes maravillan? Porque revalorizan al músico como músico y no como mero secuenciador. Ser un buen guitarrista sigue siendo algo difícil. Hacer un disco electrónico de esa manera, no”. En ese sentido señala “Depeche Mode y Nine Inch Nails todavía están a la vanguardia de la electrónica rock porque arman bases que no son previsibles, que no aburren”. Ahora, con su nuevo proyecto 202, el cantante se propone continuar en la senda electro-rock (“nosotros crecimos con las máquinas, no renegamos”, subraya), pero con algunos agregados: “Melodías a la McCartney, cuartetos de cuerdas, melodías súper inglesas”, se entusiasma. Una propuesta que puede ir desde la balada pop hasta el nü metal. “Está bueno redescubrirse en cosas nuevas. Hasta ahora hemos tenido muy buena respuesta”, sintetiza Rha.

** 202 toca hoy a las 21 en La Trastienda junto a Oisin.*



gustavosala2000@yahoo.com

MÁS Y MÁS RETRO ROCK

“Un recital y un gol se parecen”

La “cara” de Elephant se llama Diego García. Nació en Detroit y creció en Tampa, pero sus padres son argentinos. ¿Cómo fue que un hincha de Belgrano se hizo compositor de una banda de renombre de la escena neoyorquina?

POR ROQUE CASCIERO

“Quizá me ponga a llorar, porque va a ser muy emocionante”, asegura Diego García acerca del show con el que su banda Elephant debutará en Buenos Aires. Es que, por más que García haya nacido en Detroit y haya formado su banda en Nueva York, no hay más que escucharlo hablar con tonada cordobesa o cerrar todas sus frases con la palabra “loco” para darse cuenta de que sus padres son argentinos, y de que él pasó bastante tiempo entre Buenos Aires y Carlos Paz. “Cuando la idea de ser músico empezó a rondar por mi cabeza, una de las razones era la de poder visitar el mundo, porque cuando estás en una banda sos como un hippie que viaja por todas partes. Siempre es lindo ir a otro país, para ver la reacción de la gente, pero para mí la Argentina es muy especial porque soy producto argentino”, dice entre risas. El show del 18 en Niceto, como parte del ciclo Bacardi Live, permitirá apreciar en directo el rock estilizado de Elephant, que abrevia tanto en la new wave neoyorquina como en británicos de pura cepa de la talla de los Smiths, Bowie, The Cure y Pulp. La banda, que completan el guitarrista Mod, el bajista Jeff James y el baterista Kevin MacAdams, lleva dos discos publicados: **Sunlight Makes me Paranoid** y el reciente **The Black Magic Show**.

Pero, ¿cómo fue que este “producto argentino” armó una banda de renombre dentro de la movida retro de Nueva York? La historia es larga, porque la música no fue el primer interés de García: “El fútbol está en mi sangre y me dediqué a eso casi toda mi vida, pero llegué a un punto en el que me dije: ‘Mierda, no creo que la vida nocturna se lleve muy bien con ser futbolista’. Y descubrí que tenía un poco de talento para tocar la guitarra y cantar, así que me dediqué a eso. Pero no es tan diferente. La sensación de hacer un gol frente a mucha gente es similar a la que se vive arriba del escenario, por eso el cambio no fue tan extremo”.

—¿Te atraía más la vida nocturna que los entrenamientos?

—En realidad, lo que no me gustan son las reglas. Me gusta hacer lo que quiero y cuando quiero. La vida del futbolista es muy sacrificada y la música me daba la libertad de disfrutar y ver otras cosas interesantes.

García, se ha dicho, nació en Estados Unidos, pero enseguida tuvo un carnet que lo acreditaba como socio de Belgrano. “No tuve opción: soy *pirata* desde la cuna”, se ríe. “Siempre le doy mis camisetitas de Argentina al baterista para los shows, pero creo que en Buenos Aires le voy a dar una de Belgrano. Es una que me regalaron la última vez que estuve, pero es vieja, como de los años ‘40. Y también tengo la que tiene la cara del Potro (Rodrigo).” García dice que lo primero que hace cada mañana es ver las noticias del fútbol argentino en Internet y que fue sólo suerte lo que le faltó al equipo de Pekerman en el Mundial. “Me mató que nos quedáramos afuera porque teníamos un equipazo. Era un grupo muy especial, que dejó todo en la cancha”, asegura.

—Las primeras bandas que te llamaron la atención fueron MC5 y los Stooges. ¿Es como un mandato por haber nacido en Detroit?

—(Se ríe) Hay algo en el agua, sí. Lo obligatorio es respetar las canciones que ellos hicieron cuando inventaron el punk. Para mí, Iggy Pop es uno de los más grandes de todos los tiempos. Mi primera banda, a los 18 años, era de covers de los Stooges, y me resultaba muy natural: me conecto mucho con ese espíritu.

me a la música, pero ahora los chicos vienen porque todo es más fácil. A veces los movimientos artísticos suceden por razones naturales. No puedo decir por qué de repente salieron tantas bandas de Nueva York, pero fue algo grande. Fue como una reacción al estado de la música en ese momento. La ciudad había sido muy importante en los ‘70 y tuvieron que pasar más de veinte años para que volviera a suceder algo. Cuando empezamos no pasaba nada, enseguida nos di-

—Crecí en Tampa, Florida, hice la secundaria allá, y para mí la música fue un escape: escuchaba The Velvet Underground, The Beatles y David Bowie, y no me fijaba de qué ciudad venían, pero me conectaba con las grandes metrópolis. Siempre dije que iba a vivir en Nueva York, Londres o Buenos Aires.

—En tus viajes, ¿le prestaste atención al rock argentino?

—Sí y no. La música que me marcó fue la que mencioné y bandas como R.E.M., U2... Cuando escribo y cierro los ojos no pienso



—Y en el agua de Córdoba que tomaste, ¿había algo de cuarteto?

—Mi primo sabe bailar cuarteto, pero yo soy un patadura. Si uno no nace bailando el cuarteto, es muy difícil aprenderlo: es casi como un idioma.

Entre las etapas como futbolista y como cantante se coló otra en la vida de García: la de estudiante de Economía. “Me recibí en Brown University en el ‘99”, recuerda. “Ahí tenía una banda con un guitarrista de Londres, que venía de la escuela Eaton, donde va el príncipe y todo eso. El era de ese mundo. Alquilamos un camión para meter nuestras mierdas y nos fuimos juntos a Nueva York para dedicarnos a la música. La única idea que teníamos era poder hacer shows. Nunca pensé que iba a llegar a este nivel, a poder estar hablando con un periodista argentino.” La llegada de García a la Gran Manzana fue en un panorama extraño. “En ese tiempo, la música estaba muy mal: lo que uno escuchaba por radio era horrible, le faltaba integridad artística. Sonaba a tercera o cuarta generación de Pearl Jam. Y yo soy más de la escuela de Velvet Underground”, afirma.

—A priori, en ese momento, Nueva York no parecía la ciudad más atractiva para un músico.

—Es verdad, la escena de Nueva York no existía. En realidad, no podría decir por qué razón elegí Nueva York para dedicar-

mos cuenta de que había muchos chicos tocando y que había muchas bandas que estaban pensando en lo mismo sin conocerse entre sí. Era todo muy inocente: las palabras “manager” o “contrato discográfico” no existían. El circo de la industria no existía, pero se formó una escena muy sana y que está muy viva.

—¿Se sienten parte de la escena neoyorquina?

—Siempre voy a identificarme con Nueva York porque vivo aquí y hago parte de mi vida, pero para mí lo importante es escribir una buena canción y olvidarte de las etiquetas. Una buena canción puede escribirse en cualquier idioma e igual vas a conectar con ella. Por eso, la etiqueta de ser de Nueva York no es tan importante: lo que importa es la música, que no tiene código postal.

—Pero tal vez el sonido de una banda sí tenga más identificación con la ciudad en la que se formó.

—Es que la música es un producto de la ciudad en la que vivís, de las mujeres con las que salís, de la comida que comés, de las películas que ves... La música es una expresión de mi vida. Y como vivo en Nueva York, la energía y la tensión de la ciudad salen en mi música.

—Pero además de la new wave neoyorquina, en la música de Elephant hay mucho de rock inglés: Bowie, Smiths, Pulp...

en Charly García. Y es porque viví acá toda mi vida. Pero cuando iba a la Argentina, mi primo siempre me pasaba música. No estudié el rock argentino, pero lo respeto muchísimo. Creo que el argentino me sale más en la forma de ser.

Elefant toca el martes 18 de julio en Niceto, Niceto Vega 5510.

Yo, argentino

En los últimos tiempos, Diego García vio su cara no sólo en la prensa musical sino también en la de chismes: se dijo que salía con la actriz Lindsay Lohan. Y también apareció en la lista de las 50 personas más hermosas que publica todos los años la revista *People*. “Me da cierto orgullo porque mi mamá se pone contenta y llama a todas sus amigas para decirle que estoy en tal o cual revista”, contesta él. “Pero no me lo tomo en serio, es todo parte del circo. Si en esta vida querés ser artista, tenés que enfocarte en las canciones. Además, cuando sale algo de eso, ¡me cargan todos mis amigos!” García bromea con salir de levante con un ejemplar de *People*, pero enseguida asegura que ni siquiera tiene uno. —Si sos de los más lindos del mundo no debe hacer falta andar aclarándolo, ¿no?

—¡Es que los argentinos somos muy lindos!

“El Centro ya fue, chabón”

Asfixiado por la falta de lugares para tocar, el under porteño se muda de barrio: de las luces de la Capital a los barrios ásperos del Gran Buenos Aires, donde las cosas tampoco son tan fáciles. Tres cronistas del NO salieron el sábado a la noche de recorrida y muestran, aquí, una crónica de la desolación porteña frente al rebusque de provincia. Digamos.



LEANDRO TEYSSEIRE

ROCK & RAMOS & MORON
& CASTELAR & ITUZAINGO
& PADUA & HAEDO

El Oeste aún agita

POR DANIEL JIMENEZ

Cuando Ricardo Mollo inmortalizó en 1991 aquello de “en el Oeste está el agite”, no estaba tan errado. Porque con el desembarco de Sumo a Hurlingham a mediados de la década del ‘80 –sin contar el antecedente de MAM (Mente, Alma, Materia), que reunía en 1976 a su hermano Omar, Raúl Lagos y Juan Domingo Rodríguez–, cada pequeño pedazo de tierra de esta vasta región del Conurbano comenzó a convertirse en un pulmón rockero, desde Moreno hasta Laferrère. Hoy en día, este cordón –que incluye paradas a orillas del ex Sarmiento como Ramos Mejía, Morón, Castelar, Ituzaingó, San Antonio de Padua y la República Separatista de Haedo– está tratando de ganarle la pulseada al efecto Cromañón, aunque su capacidad de generar espacios para que el rock salga de terapia intensiva haya mermado de manera alarmante.

Clausurado el Mocambo, antro mítico por excelencia del Oeste bonaerense que vio pasar a figuras consagradas como la Bersuit, Arbol y Cabezones en tiempos de gloria, el panorama se reduce a los intentos de algunos productores y dueños de boliches para que el corazón joven de la cultura popular no deje de bombear. Y el bolsillo tampoco. A dos cuadras de la estación de Ramos Mejía, Locomondo es uno de los pocos lugares que dan la chance a las bandas noveles, aunque sea para cien personas, que es lo que autoriza su capacidad. A diferencia de otros sitios, este reducto es la primera salida a mano para los pibes de la zona con ganas de rockear sin censura y a volumen de estadio. Y, muchas veces, es uno de los pocos que organizan festivales con artistas de Uruguay, Chile y Brasil.

“Desde mayo tenemos todo reservado hasta fin de año y ya me están pidiendo fechas para el año que viene, lo que me parece una locura, pero se las vamos a tener que dar, no hay otra. La demanda por tocar es tremenda”, dice Máximo Garro Alemane, dueño de Locomondo. Si bien el bar pudo mantenerse abierto después del 30 de diciembre de 2004, debió cumplir con distintas normas de seguridad requeridas por la comuna de La Matanza. Explica Máximo: “Nosotros pudimos salir adelante, pero ahora tenemos que cobrar un plus por exigencia del Municipio, que incluye un antisiniestral que te expiden los Bomberos y que sale unos cuantos pesos”.

Debido a las reiteradas denuncias de los vecinos por ruidos molestos, el reloj se detiene a las doce de la noche todos los días en que hay shows: jueves, viernes, sábados y domingos. Pero esa amplitud de días les permitió recibir grupos de Capital y Zona Sur, y de diferentes estilos, siendo un lugar donde habi-

tualmente reinan el hardcore, el stoner y el heavy metal. Los pibes, felices y contentos; los músicos, también.

Remontando la avenida Rivadavia hacia el Oeste se encuentra, en pleno centro de Morón, la Sociedad Italiana. Este viejo salón de parquet, espejos y techos inalcanzables, también sufrió modificaciones post-Cromañón, aunque sus dimensiones hayan permitido que hace tan sólo unos meses por allí aterrizaran desde La Mancha de Rolando hasta El Otro Yo. Compartiendo su cartelera con espectáculos teatrales, la Sociedad se anotaba como único espacio en Morón donde podían caer figuras de considerable convocatoria. Pero no todo es como parece. “Tuvimos que bajar la capacidad de seiscientas a doscientas veinte personas por exigencia del Municipio, lo cual no ayuda a la rentabilidad del lugar ni al presupuesto de los que vienen a pedir una fecha, pero es el único escenario posible”, cuenta Alejandro Castro, tesoroero de la mutual.

Es por eso que desde mediados del 2005 continúan recibiendo contingentes de rockeros ávidos por tocar. Sin embargo, el

pos de sequía sea más redituable: hay shows a las 20 y a las 23, teniendo como horario tope para el último acorde la una de la madrugada.

La tragedia de Once no solamente obligó a los responsables de boliches, bares, salas y pubs a tomar nuevas medidas sino que favoreció a aquellos que cuentan con una importante infraestructura edilicia y con el poder para acomodarse a la nueva era. Y algunos hallaron en el rock una inesperada fuente de ingresos, expandiendo los ambientes o habilitando galpones en desuso para recibir a hordas de fanáticos. Es el caso de Babylon. Nacida en Ituzaingó como una disco a mediados del año pasado, consiguió entrada el 2006 la habilitación municipal para espectáculos, y hoy se levanta como un ineludible mojón por donde pasaron a tan sólo dos meses de su inauguración bandas como Karamelo Santo, Massacre (que jamás había tocado en Gran Buenos Aires), Nonpalidece, La Zurda y Riddim.

“El boliche tiene capacidad para seiscientas personas, pero yo no meto más de cuatrocientas cincuenta. Tratamos de

bajar con artistas medianamente importantes, porque el lugar es grande y hay que bancar la inversión. Para que te des una idea: de acá a fines de diciembre ya están programados Sokol, Resistencia Suburbana y los uruguayos Once Tiros”, dice Inti Raymi, responsable de la programación de Babylon. Los recitales en este amplio local que se encuentra a sólo tres cuadras de la estación de San Antonio de Padua finalizan a la medianoche y la entrada a los menores está prohibida. Pero, ¿qué dicen los vecinos acerca de tener a unos cuantos melendados haciendo cola los fines de semana? Miguel Angel, que vive a quince metros, comenta: “La verdad es que el ruido se siente, pero no mucho más que cuando solamente era un

boliche. Todos debemos aumentar nuestra cuota de tolerancia, tampoco podés prohibir todo lo que te molesta”.

Agustín, quien el pasado fin de semana viajó desde Barracas a ver a Massacre, suma su voz: “En la Ciudad de Buenos Aires ya no quedan muchos espacios para escuchar rock, salvo que se trate de tipos grossos que por su convocatoria sólo pueden tocar en Obras o en el Luna Park. Sé que venir desde Capital en tren y volverse a las tres de la mañana con este frío no es agradable, pero si el rock se muda para acá, hay que seguirlo”.



CECILIA SALAS

precio que se paga por expandir al arte de los barrios es, literalmente, alto. Emmanuel Sáez, cantante de los ascendentes Buenos Aires Karma, dice: “Nosotros hicimos acá la semana pasada un show con Fantasmagoria y estuvo al mango, pero los costos son muy elevados. El alquiler por cuatro horas te sale seiscientos pesos, por eso tenés que poner la entrada a un valor que no es paracualquier bolsillo. Sabemos que es un garrrón pero, si no, tu gente no te ve nunca”. Sin conflictos con los vecinos debido a sus paredes de un metro de espesor, la Sociedad Italiana encontró la vuelta para que este negocio en tiem-

ROCK & GERLI HASTA ADROGUE

El Sur recontra existe

POR CRISTIAN VITALE

Gerli-Avellaneda. Hay una intensa llovizna. Hace 20 años, el empedrado de Pavón y de Galicia, ahí donde se juntan, hubiese generado un choque cinematográfico. Pero llegó el asfalto y los autos circulan con normalidad. Además es temprano y no hay gente en pedo. El barrio, igual, no ha cambiado tanto. Sesenta metros, hacia Valentín Alsina, está Falá, un boliche con paredes púrpuras y bola de cristal en el techo, que se entregó al rock hace dos años. “El lugar está armado para no discriminar bandas. Igual, hay pibes a los que no les importa si se corta la luz o si hay cables desparramados por el piso. Viste cómo es: el 70 por ciento son colgados”, señala Diego, el dueño. El bolichón forma parte del pequeño circuito jodón gerliniano, que termina pasando por La Aldea y Groovelang en Traxx, ex Kamote. Es un pub bien barrial con una casa de familia arriba, farmacia y locutorio a los costados. Y dos esquinas algo pesuti: la cumbiamba “para grandes”, Pancho Caribe, y el bar de viejos putañeros, que sobrevivió a todos los golpes militares desde el ‘30: Sastrín.

Parte del decorado también es el quiosco indestructible de enfrente y una pizzería que calma las fauces de tribus rockers hambrientas de cerveza y de jovatos, que le entran duro al moscato y la fainá. Falá alberga de cuatro a ocho bandas por fin de semana. La mayoría son de la zona, pero también han tocado otras de Vicente López, Hurlingham, La Plata, Capital y Quilmes. La geografía es accesible (15 cuadras del Puente Pueyrredón y 10 del Victorino de la Plaza), pero Diego no cree que después de Cromañón haya habido un corrimiento del rock hacia la provincia. ¿El Riachuelo es una muralla? “No sé, las bandas porteñas dicen que es difícil que llegue gente de allá. Cuando vienen bandas convocantes, tienen que traer micros, si no, no vienen.” El lugar tiene espacio para 300 personas, pero nunca meten más de lo permitido: 180. Los grupos “locales” son los que más gente convocan, caso

el público y lo cerró. ¡No se puede bailar, loco! Por lo menos acá, sí.” Victoria arranca con *No-Nos*, sigue con *El rock vive de mí* y *Por tus ojos*. Cuando la cosa toma color, la brújula marca Lomas de Zamora.

Lomas de Zamora. Sobre el 400 de Meeks está Peteco's. Es una esquina y hay mucha gente afuera. “A nosotros nos salvan lugares así en el barrio. Las últimas dos veces que fui hasta Capital para ver bandas, clausuraron los lugares y me tuve que venir en bondi como un boludo y cagado de frío. El centro fue, chabón”, comen-



LEANDRO TEYSSEIRE

ta Marcos. El pibe, con dos blondas al lado, está esperando que toque Atomo. Ya lo había hecho Gazpacho y, en el ínterin, un ejército de asistentes reacomoda el espacio que el boliche ofrece a las bandas. El lugar abrió en el '94, pero hace cuatro que permite música los viernes, sábados y domingos. El dueño se llama Jorge, y mientras los operarios tuercen el lomo, él está en una oficina de dos por dos, rodeado de notebooks y demos de bandas a seleccionar. “El Sur se convirtió en una parada necesaria para las bandas que necesitan tener todo el mes ocupado. Encontraron lugares en los que pueden desarrollar lo que hacen, con el mismo marco que en Capital”, dice.

En Peteco's entran 800 personas y es, según Jorge, el paso anterior al Auditorio Sur (1500) por donde han pasado todas las bandas grandes, excepto las que producen estadios. “La idea es que acá, cerca de tu casa, también puedas ver a Babasónicos, Las Pelotas, Rata Blanca o La Mancha de Rolando. No sé si en el Oeste o en el Norte pasa eso. Incluso acá cerca, en Guernica, no se puede hacer nada de nada”, chivea. “Las principales razones por las que decidimos tocar en el interior y Gran Buenos Aires son por la predisposición de la gente que promueve los boliches: los arreglos, el trato, el lugar, etcétera. En Capital está todo monopolizado y eso provoca que los dueños sean más indiferentes al trato personalizado. Este año todavía no tocamos allá, pero no nos quita el sueño”, agrega Hernán, de Holy Piby.

La mirada de Pecho, de los tirabombas de Las Manos de Filippi, es otra. “Tenemos público en todas las zonas del GBA y no estamos tocando: la mayoría de los boliches desapareció y el resto tiene arreglos imposibles. En una producción independiente, los únicos que ven las ganancias son los dueños y no los músicos, que son los que mantienen vivo al rock. Por eso estamos armando un circuito de rock en las fábricas recuperadas bajo control obrero, y muchas son del Sur.” Peteco's, que de gestión obre-



CECILIA SALAS

ra tiene lo que Patti de marxista, también funciona como disco. Según Jorge, es el motivo por el que puede recibir bandas. “Sin esa entrada es imposible jugarte con el rock porque, además, yo selecciono las bandas que quiero. Acá no existe eso de ‘vendé entradas y tocá’: acá el capital sale de otro lado.” A las 4, Atomo acaba, la disco se enciende y el efecto cerveza impide cualquier análisis lúcido sobre este recorrido por las arterias sureñas del rock.

ROCK & CITY

El Centro, a un costado

POR MARIO YANNOULAS

Trasnoche de sábado en La Boca. Varias familias –con pibes incluidos– esperan en el Teatro Verdi por La Perra Que Los Parió. La mano viene tan tranquila, que la gente que charla y ríe en esas mesas redondas parece estar en un casamiento. Es una verdadera fiesta de barrio. En la puerta, un hombre se acerca con su hijita y pide colgar una bandera de uno de los palcos. “Esperá, hay que ignifugarla”, le dicen, y le ponen un líquido que retrasa el posible encendido del paño. La gente palpita el comienzo y se acomoda un poco más cerca del escenario cuando dos hombres se presentan en la entrada para clausurar el lugar. Se negocia al costado, sobre una escalera, y se llega a un acuerdo: a las 2 am, el Verdi se cierra.

Pasa noche a noche. El under porteño se ahoga. La Ciudad de Buenos Aires es el epicentro de ese sismo cultural que trajo la tragedia de Cromañón, y parte de ese tremendo coletazo devino en paranoia. De los dueños de los boliches, del Gobierno por clausurar ante la mínima sospecha. Hay pocos lugares abiertos y ante la duda, se cierran. Quizá por eso, el mismo sábado, sobre Humberto 1º, gente con chalecos que dicen “Prevención” se obsesiona por descongestionar la puerta de un baño como medida de seguridad, mientras los barrios escuchan el silencio cada vez más.

Hace un año y medio, la Jefatura de Gobierno porteño, entonces liderada por el destituido Aníbal Ibarra, dictaminó una serie de decretos que impusieron un marco legal más rígido para los shows. A partir de entonces, los locales de baile “Clase C” como Niceto o La Trastienda debieron tramitar nuevamente sus habilitaciones. Surgieron nuevas exigencias como la presencia de una ambulancia en la puerta de cada local, presentación de un plan de evacuación, la ineludible ignifugación de banderas y escenografías, y la contratación de personal de seguridad privada y policía adicional, entre otros puntos. Pero aunque estas nuevas disposiciones afectan formalmente a todos los estilos musicales, el ambiente del rock se siente víctima de una persecución sistemática. Razones no faltan, poco quedó vivo fuera del mainstream.

A pocas cuadras del Verdi, en San Telmo, el local Buenos Aires Club (ex Arlequines) cumple más de cuatro meses de clausura. “Invertí 25 mil pesos en acondicionarlo como Casa de Cultura, pero lo clausuraron porque me dijeron que no podía trabajar con rock”, revela el dueño José “Coco” Córdoba, que presentó un recurso de amparo ante el Poder Judicial. Ahora, las yuntas rockeras requieren de una habilitación diferente según se trate de eventos masivos en estadios –que reúnan a más de 3 mil personas–, de locales de baile o de bares. La mayoría de los lugares de algún modo accesibles para bandas medianas y pequeñas responden a esta última categoría, es decir, son restaurantes o pubs con un permiso especial para la ejecución de música, canto y variedades (que según la Dirección General de Habilitaciones y Permisos serían ¡500 lugares!), pero, dice la ley, no puede haber más de cinco músicos sobre el escenario (¿cómo hubiesen empezado Sumo, los Redondos, los Cadillacs o Bersuit?). ¡Y el público debe permanecer sentado! Más allá de lo que el Gobierno pueda decretar, la ley que rige los espectáculos musicales tiene más de medio siglo, y por lo tanto fue pensada antes del rock. El primer paso sería cambiar la ley.

La hamburguesería de Scalabrini Ortiz y Aguirre ya no rebalsa por las noches. Llenar El Marquee siempre significó subir un peldaño muy difícil en la escala, pero hoy esa especie de entepiso entre lo under y lo grande ya no funciona. Hace dos meses, el Gobierno porteño decretó su clausura y le fijó a José Luis Luzzi, su dueño, una multa de 190 mil pesos. “Me habían inspeccionado el boliche cuatro veces en tres días. Una de las actas que determinan la clausura informa que a la 1.55 de la mañana había exceso de público, cuando el show de esa noche había terminado a la 1.30 y apenas quedaban veinte personas adentro”, afirma Luzzi. Según Juan Caro, guitarrista de La Mocosa, “ahora el salto es enorme, pasás de un lugar para trescientas personas a uno para mil quinientas como El Teatro”.

“El rock está pagando un precio político, y resulta más fácil cerrar que habilitar. Como la ley es muy vieja, se producen vacíos que desembocan en lo mismo: llega la inspección, la clausura, la multa, una presentación judicial para reabrir; el juez ordena la reapertura, y de vuelta al principio. Sucede con el Verdi, pasó con Buenos Aires Club y con El Marquee, y con muchos otros”, dispara el manager y productor Martín Rea.

Quedan, entonces, los boliches capaces de invertir en infraestructura, y no más de una decena de opciones para bandas medianas y chicas, siempre con fechas compartidas y con poco o ningún dinero de por medio. La otra opción sería recurrir a lugares públicos, pero también se pide una habilitación y, claro, nadie paga una entrada. Pero el rock tampoco se une. “Nosotros, la generación punk de los ‘80, conseguimos movidas propias poniéndole el cuerpo a la Policía. Si las bandas se movilizaran, podrían conseguir algo. Antes existían focos contraculturales genuinos, falta ese semillero como fue Cemento en su tiempo, con sus cosas buenas y malas, o el Parakultural, ahora todo es consumir, hasta las ideologías se consumen”, reflexiona Tori Carrera, manager de Massacre que también colabora con algunas bandas de abajo.

“Cuando cerraron Buenos Aires Club, Coco y yo convocamos a todos los músicos para reclamar, y apenas juntamos cien firmas. Hay cientos de bandas, que involucran a asistentes, técnicos, managers, jefes de prensa y al público. Si se unieran, podrían formar un movimiento fuerte, pero no lo hacen porque no hay quien pueda encaminar esa lucha. Inexplicablemente, en el rock hay competencia”, asegura Rea. El público también sufre los coletazos. Al subir los costos, subieron también los precios para las bandas y, en consecuencia, también las entradas. Muchos se quejan de que ya no pueden conocer bandas nuevas en vivo. “Cuando tocábamos en Cemento, las anticipadas salían cinco pesos; ahora tocamos en El Teatro de Flores, que es un lugar muy seguro, pero con anticipadas a dieciocho”, relata Pachi, bajista de Barrios Bajos. “Nosotros tratamos de darles una mano a las bandas que vienen atrás, pero también es injusto que su público tenga que pagar el precio de nuestra entrada, que no es barata. Estaría bueno que las bandas pudieran hacer su propio camino en lugares habilitados porque, si no, estaríamos retrocediendo”, cierra Juan, de La Mocosa.



CECILIA SALAS

Bichos Raros, Etiqueta y Aves Delirio, que esa noche, temprano, prueba sonido ante el **NO**. Una pequeña ventaja para las bandas del primer cordón suburbano es que no hay restricciones de horario y las inspecciones municipales, si bien existen, son menos exigentes que en Capital. La desventaja es para todos igual: para tocar tienen que vender entradas y dejarle la parte del león al dueño.

Adrogué. Una guitarra con la bandera inglesa como logo, y el nombre del pub Brit Club, torna inevitable saber dónde estamos. Adrogué es la cuna mod argentina, y todas las deformidades estéticas que devienen de ella. Afuera caen cubitos, pero la fauna glam irradia calor. Peinados raros, vestimenta pop-pro, nenas lindas y un pelilargo con pulóver de alpaca que parece un marciano. Esa noche tocan los hijos dilectos de la zona: Victoria Mil. Julián, Miguel y Sebas están sentados en un sillón lounge, en la parte arriba del Brit, y esperan el show. Por ahí pulula la gente de Emisor, Travesti y Zona de Placer, que parecerían marcianos en un recital de Horcas. “Nosotros siempre fantaseamos con un lugar con una escalera muy profunda, y las paredes rotas, que hoy es difícil conseguir”, señala Miguel. El Brit –ex Déjà Vu– está habilitado para unas 400 personas y es un punto de referencia para la Buenos Aires que se abre al rock.

Cuelgan de las paredes fotos de The Who, The Strokes y graffitis en aerosol con nombres de bandas londinenses. El escenario es garagero y el porrón sale cinco mangos. “Ya no puede darse eso de lo clandestino del rock. Todo tiene que ver con el abogado, la puerta de seguridad y la ambulancia en la puerta. Si hacés una fecha y la anunciás, tenés a Sadaic, a los bomberos y a los inspectores en la puerta. Te cagan el show, cuando el aspecto clandestino siempre fue lo más emocionante”, determina Julián, escéptico. Hacía dos años que Victoria Mil no tocaba en Adrogué. Sin embargo, y pese a que la presentación del último disco fue en LaTrastienda, Julián marca un contraste a favor de los suburbios. “La diferencia con el centro es que allá quedaron lugares más grandes y tenés que tener toda una estructura. Acá, no.” Chelo anda por ahí y es una especie de asistente de la banda. Al paso, refuerza a Julián. “En Capital habían abierto un lugar copado en Barracas (Plasma), que lo terminaron clausurando. Cuando tocó Rosario Bléfari, dos o tres pibes se pusieron a bailar, se levantó un inspector de entre

SERGIO ROTMAN Y MIMI MAURA TIENEN BANDA PROPIA

Un cocktail de Sedantes

Encontraron en Los Sedantes un espacio para encauzar sonidos que no cabían en sus otros proyectos. Del sonido jamaquino se fueron al pop inglés (con escalas, claro) y caminan sin presiones: “Trabajamos fuera del sistema”.

POR JULIA GONZALEZ

“Los Sedantes nos permite hacer música juntos y ser poco más democráticos entre nosotros dos”, aclara Sergio Rotman, a propósito de Mimi Maura -banda liderada por su esposa, la boricua Midnerely “Mimi” Acevedo- y Cienfuegos, su propio grupo que ya es considerado de culto. A la hora de armar una tercera banda se sumó la necesidad de hacer otro estilo de música y fue decisivo el show de Morrissey en el Personal Fest de hace dos años. Esa noche los esposos coincidieron en que había un estilo de música que sonaba mucho en su casa y que no estaban abarcando, porque cuando armaron Mimi Maura estaban mimetizados con el reggae, el ska y los boleros. Pero de a poco todo ese sound jamaquino fue callándose y el pop inglés de los ‘80 ocupó su lugar: mucho Joy Division, The Smiths y Neil Young. Y así tocan covers de los artistas que actualmente los conmueven, además de sus propios temas. Otra particularidad de Los Sedantes es que no tiene baterista sino que Dante Clementino, el tecladista de Mimi Maura, usa bases de un solo ritmo sobre los temas que no tienen final sino que duran hasta que ellos sienten que tienen que terminar. Sería algo así como canciones cíclicas que se repiten al infinito, y las tocan sentados en el piso en semicírculo, vestidos íntegramente de negro.

—¿Es un grupo sólo para experimentar o piensan en el futuro?

Mimi: —No nos hemos puesto mucha presión sobre el futuro, pero viendo cómo va la cosa nos damos cuenta de que vamos a seguir tocando.

Rotman: —Sí, la idea es sacar discos. Realmente necesitamos libertad artística, es una frase que se usaba mucho en los ‘70, pero necesitamos tener la posibilidad de hacer esto, que no es fácil hoy por hoy. Los Sedantes tiene una cosa muy interesante y es que podemos trabajar completamente fuera del sistema, tenemos los otros grupos que cumplen nuestras necesidades, como que aparezca la cara de Mimi en las paredes de Buenos Aires. Los Sedantes viven de eso.

—¿Y cómo eligieron a los músicos?

Rotman: —Eso también es interesante, porque fue algo absolutamente pensado a diferencia de que en Mimi Maura éramos amigos, yo se los presenté a ella y nos pusimos a tocar. Queríamos hacer algo aparte con Dante y yo invité al bajista, Alvaro “el Russo” Sánchez, un chico que conocí en la tribuna de San Lorenzo, nada más alejado de mi grupo de amigos. Así trabajamos casi un año armando las canciones. Una semana antes del show lo sugerí a Gamexane, guitarrista de Todos Tus Muertos, y ahí el sonido tuvo más peso. Por eso también la formación es irregular, diferente de los demás grupos normales. Ahora lo interesante de este proyecto justamente es no planteárselo, porque cuando armás Mimi Maura, los Cadillacs, So-



da Stereo, lo que sea, tenés un camino lógico: te tienen que escuchar, estar con gente. Esto es una demencia absoluta, es como comer en este lugar.

“Este lugar” al que se refiere el ex Cadillacs es un restorán peruano del Once en el que están almorzando ceviche del mismo plato mientras juegan como chicos y se pelean por la comida. Y en esa diversión queda plasmada una admiración mutua que se confirma cada vez que hablan. Llevan 10 años de casados, un hijo de 8, cinco discos y algunos compilados. Pasan todo el día juntos (menos las 2 horas de kung fu de ella) y él afirma que hacer música con su pareja es mucho mejor que con sus amigos, más divertido, y Mimi agrega que lo más importante es querer hacerlo y tener la admiración y el respeto hacia la otra persona.

La difusión de Los Sedantes funciona de forma algo clandestina, en parte por los avatares post-Cromañón y también porque quieren cuidar la pureza de los grupos cuando recién comienzan. La idea y las canciones ya existen, el público es lo único que está por venir. “Cromañón nos golpeó mucho a todos. En realidad mantener un proyecto en estado de crisis y de caos es buenísimo”, dice Rotman, y compara: “Mimi Maura no sufrió, porque cuando Mimi estaba llegando a Buenos Aires, ése era nuestro cuarto proyecto, estaban Los Cadillacs, Cienfuegos, Alarma, que era la banda de ella, y recién después Mimi Maura, que pasó a tapar absolutamente a todas esas bandas. ¡Y mirá que hay que hacer música para tapar a Los Cadillacs! Pero ni lo dudé a la hora de decidir lo que quería tocar”. Su esposa lo interrumpe: “Bueno, tampoco fue la razón por la que te fuiste de Los Cadillacs”, y Rotman le res-

ponde que fue algo así, pero que nunca se lo dijo. Se ríen y festejan la complicidad.

“A mí se me ocurrió el nombre porque yo soy la más inteligente del grupo”, bromea Mimi y Rotman cuenta en un tono más intimista que Mimi Maura había sufrido el fin del primer amor y además en ese contexto había muerto su suegro, el intérprete de boleros Mike Acevedo, por eso les era extraño salir a tocar calipso y reggae. Arrastraban un ritmo que estaba lejos de ser el alegrón de Mimi Maura y necesitaban hundirse en su propio fango, hacer algo más dark. “La música es una buena manera de sacar toda esa angustia pa’ afuera, ¿no?”, pregunta Mimi. Y em-

pujados por ese sentimiento oscuro fue que empezaron con *Let me Kiss you*, de Morrissey, el que los había impulsado en ese concierto hace dos años.

Entonces no hay fecha de grabación, ni nada que tenga que ver con las obligaciones del calendario. “Estamos yendo muy tranqui”, dice Mimi. “Es fundamental, para no caer en lo de siempre, porque empiezan las presiones —continúa Rotman—. También es cierto que uno espera un grupo formal y que la gente vaya y vea, pero hay que aprender a apreciar a los artistas cuando están sin compromisos, porque son momentos únicos y no se repiten. Dentro de dos años, cuando hablemos de vuelta de Los Sedantes, vas a ver que no va a ser lo mismo”. Quizá ya tenga baterista.

* *Los Sedantes tocan hoy en Radioset, A.M. de Justo 1130, Dock Blanco, Puerto Madero. A las 23.*

LA APLANADORA EN EL LUNA PARK

DIVIDIDOS

DIVIDIDOS

JUEVES 10 DE AGOSTO - 21.00 HS

CableVisión

Rock & Pop 95.9

entrada 4000-1010

POPART

MAISON VARIETE

Clásicos Ignotos

MAISON VARIETE CONTINUA PRESENTANDO SU NUEVO ALBUM

DISPONIBLE EN LAS MEJORES DISQUERIAS

Clásicos Ignotos



Adiós a Syd Barrett

El legendario fundador de Pink Floyd falleció el viernes pasado en su casa de Cambridge, Inglaterra, por causas que eran confusas hasta el cierre del **NO** (se hablaba de complicaciones de la diabetes y de cáncer). Pero la noticia se difundió recién el martes. Syd Barrett fue un gran gestor de la imagen del genio-loco del rock, del que pudo haber explotado, pero su vida se metió en un rulo vicioso: brilló intensamente durante un breve período y en 1968, producto de su frágil salud mental combinada con dosis extremas de ácido lisérgico, abandonó la banda y se convirtió en un recluso. Sólo salió para grabar sus dos álbumes solistas y, extrañamente, para visitar a sus ex compañeros de Pink Floyd, cuando registraban *Brilla tú, diamante loco* en su honor. Pero Roger Waters y David Gilmour tardaron en reconocer al joven creativo en ese gordo rapado.

Así había quedado el autor de *See Emily Play*, la primera canción de Pink Floyd que llamó la atención del mundo del rock. El 6 de enero, Roger Keith "Syd" Barrett había cumplido 60 años. Lo único que se sabía de él era que se dedicaba a pintar y, tras la muerte de su madre, a destruir sus obras terminadas. De vez en cuando aparecía alguna foto que lo mostraba convertido en un señor calvo, de mirada huidiza, que iba un par de veces al día a comprar cigarrillos y el *Daily Mail*. Todavía mostraba signos de la paranoia que lo forzó a dejar Pink Floyd, pero era amable con quienes charlaban con él sobre temas cotidianos. Nada contrasta tanto con esa imagen como la del artista visionario que en 1965 había formado una banda junto al bajista Roger Waters, el baterista Nick Mason y el tecladista Rick Wright, y la había bautizado juntando los nombres de dos de sus artistas de blues favoritos: Pink Anderson y Floyd Council. Bye Syd.



Adiós a Oscar Moro

Se fue: aquel versátil baterista que había llegado a la cumbre de su carrera de la mano de los otros tres mosqueteros de Seru Giran; aquel que había podido interpretar la maraña de arreglos que Edelmiro Molinari inventaba para Color Humano; que formó parte de La Máquina de Hacer Pájaros, desandó su camino andado, producto de una hemorragia interna producida por una úlcera galopante. Tal vez desde el regreso de Seru en el '92, las noticias sobre Oscar Moro tenían más que ver con un frágil estado de salud—efecto del alcohol y las drogas—que con algún proyecto musical que valiera la pena contar. Entre el amor de su mujer y el nacimiento de su primer y único hijo, Moro se convirtió en un baterista capaz “entender” el bajo jazz-rock de Pedro Aznar, los delirios orquestales de Charly y el zigzag de sonidos que propone David Lebón con su guitarra. Entre otras cosas, la suavidad del toque en *Seminare* (Seru Giran, 1981); la potencia en la intro de *La grasa de las capitales* (en cuya tapa aparece vestido de carnicero), o el avance afro de *Nunca pensé encontrarme con el diablo*, de **Peperina** (1981), lo convirtieron en un baluarte del rock nacional.

Todo fue causa del barrio, tal vez. Cursó en los mismos colegios que Litto Nebbia y, antes de integrarse a Los Gatos, compartía bandas y tocadas en bailes de carnaval con otro Gato, Kay Galiffi. Cuando Moro trabajaba en una florería, junto a Galiffi, fueron convocados por Nebbia y Ciro Fogliatta y, previa estadía pobre por una pensión porteña, Moro se encontró contando una parva de billetes tras el primer éxito del rock criollo: *La balsa*, que vendió 200 mil copias. Charly García, en su etapa más sinfónica, lo pensó como parte de La Máquina de Hacer Pájaros, que llegó luego de un fugaz paso folkie por la banda de León Gieco. En *Boletos, pases y abonos* del disco debut (publicado en 1976) muestra su inclinación hacia la percusión afro, que asomaría en Seru Giran y explotaría en el dúo que formaría en 1983 con Beto Satragini, y con Ricardo Mollo como invitado. Entre medio llegaría Seru Giran y el mítico origen en Buzios, Brasil. Del epílogo de Seru para acá, la luz de Moro se fue apagando: su conversión metálica con **Riff VII** (1985), el retorno de Seru en el '92, el escueto regreso de Color Humano en 1995 y un devenir oscuro poblado de internaciones, algunas clínicas musicales, drogas baratas y alcohol. Chau Moro.

Clara de Noche

textos: maicas y carlos trillo *dibujos:* bernet

